

FRANCISCO FERNÁNDEZ BUEY: MAESTRO DE LA FILOSOFÍA DE LA PRAXIS

Álvaro Alonso Trigueros
Universidad Nacional de Educación a Distancia
[alvarogorlitz@hotmail.com]

Recibido: noviembre de 2012
Aceptado: diciembre de 2012

Álvaro Alonso Trigueros es profesor de Filosofía y fue el último doctorando de Francisco Fernández Buey.

Francisco Fernández Buey (1943-2012) fue, en todos los sentidos, un maestro de la filosofía de la praxis. Quisiera recordarle con unas palabras suyas sobre Gramsci:

Un autor cuya palabra, a pesar de las enormes dificultades que tuvo que vencer bajo el fascismo mussoliniano y a pesar de los cambios que se han ido produciendo en el mundo, no ha dejado de influir desde entonces en lo que podríamos llamar el sentido común ilustrado de aquella parte de la humanidad que aspira a un mundo mejor: más libre, más igualitario, más racional, más atento a la educación de los sentimientos.

Me viene a la mente el verso de Machado, pues más que un hombre al uso que sabe su doctrina, Paco fue en el buen sentido de la palabra, bueno. Así lo corrobora el testimonio de todos los que lo conocieron, que no solo asienten, sino que lo ponen de relieve. Algo poco frecuente en quien, como él, ha tenido que bregar en mil batallas.

El contacto primero con Francisco Fernández Buey supuso para mí –al igual que para muchos otros– un despertar del sueño dogmático de la filosofía especulativa para obligarme a entrar irremediabilmente en el camino de las ideas puestas al servicio del compromiso con la realidad. Este giro vital e intelectual fue inmediato, fruto de un flechazo tan profundo y duradero que llega hasta hoy.

A través de su particular prisma entendí a Marx, descubrí a Manuel Sacristán y aprendí a amar a Gramsci. Me enseñó a alejarme del encriptamiento de las ideas buscando un estilo lo más claro y directo posible. Y recibí una primera lección que no conviene dejar en el olvido:

Lo que, más allá de las diferencias culturales, se aprecia y se valora en Gramsci (y en Guevara) es la coherencia entre su decir y su hacer. Por eso al cabo de los años se les puede seguir considerando, con verdad, como ejemplo vivo de aquellos ideales ético-políticos por los que combatieron.

Francisco Fernández Buey hizo propia dicha coherencia entre el decir y el hacer hasta el punto de convertirla en modo de vida, como intelectual y como persona: no solo hay que explicar el mundo, sino que hay que conseguir transformarlo. Dicho de otro modo, llevar al horno de fundición la teoría y la praxis, la ética y la política, la reflexión y la acción transformadora.

Dentro de las múltiples facetas de Francisco Fernández Buey, entre las que destacan la de brillante e irónico orador, la de divulgador riguroso de las ideas de Marx y de Gramsci a nivel internacional, la de agitador social, la de organizador sindical, la de profesor comprometido con la Universidad y con su tiempo, hay una que perdurará y es su faceta como escritor y traductor.

Un cuidado extremo recorre todos sus escritos, consecuencia del dicho gramsciano según el cual “*decir la verdad es revolucionario*”.

Si repasamos los escritos de Francisco Fernández Buey nos encontramos con un nutrido grupo de autores que abarca prácticamente todos los campos del saber. Ahora bien, enseguida localizamos un hilo conductor, una coherencia interna, al descubrir en todos ellos esa búsqueda de la verdad entendida como develación. Entre los muchos autores sobre los que trabajó en profundidad está Gramsci, pero también Einstein; está Marx, pero también Hannah Arendt; está Bertolt Brecht, pero también Zinóviev; está Descartes, pero también Leopardi; está Fourier, pero también Thomas More; está Pasolini, pero también Simone Weil.

El gusto humanista por la cultura y su valor revolucionario, en sus diversas manifestaciones, en especial el cine, la poesía, la literatura, la filosofía, la economía, la ciencia, formaban parte de un plan para intentar incidir en nuestra época desde una ejemplar posición que unía atrincheramiento y vanguardia, incluso en los tiempos más propicios de la democracia.

A contracorriente, permaneció fiel a la labor de seguir tejiendo redes de conexión dentro del marxismo, a nivel local, nacional e internacional, al mismo tiempo que abrió nuevos senderos en la selva virgen del futuro más próximo a través de su posicionamiento a favor de las nuevas luchas: el feminismo, la ecología, la defensa de la subalternidad y el estudio del imperialismo.

Francisco Fernández Buey tomó de Manuel Sacristán un imperativo vital que le llevaba a trabajar sin descanso –es casi mareante asomarse a su extensa produc-

ción intelectual–, con toda la pasión que da saber que, como le gustaba mucho decir, incluso desde la derrota, “*nosotros teníamos razón*”.

Una refinada lucidez le hizo ser muy consciente de que los fuegos revolucionarios continentales habían sido apagados a lo largo del siglo XX, por lo que, siguiendo a Gramsci, el discurso debía dar cuenta de la derrota, de sus causas y del modo de afrontar las luchas futuras. Y esto por dos motivos. Uno, porque en ningún momento se le pasó por la cabeza dar la partida por concluida. Y dos, porque uno de los mayores estímulos para Paco era el de entrar en contacto con los jóvenes, entendidos éstos como una condición de posibilidad para la Utopía.

En efecto, otro de los dichos más queridos por Francisco Fernández Buey era el de que “*lo viejo no muere y lo nuevo no puede nacer*”, extraído de los *Quaderni*. Para que lo nuevo pueda nacer es preciso contar con los jóvenes, dado que hablamos de procesos largos en el tiempo. Así pues, lo que había que hacer, siguiendo a Brecht e incorporando a Gramsci, era estar preparados para cuando llegara o para cuando llegue el momento *después* de la batalla.

Una de las cartas de Gramsci a Yulca que Francisco Fernández Buey tradujo al castellano a finales de los años ochenta es aquella en la que Gramsci le habla a su *liubimaia* del viaje épico del zoólogo y oceanógrafo Nansen al Polo, visto como una metáfora del discurrir de la historia desde el punto de vista revolucionario. Esos procesos largos de gestación del sujeto histórico, tan estrechamente unidos a la noción de hegemonía, llevaban a Paco a trabajar con la convicción de que tal día acabará llegando. Tal “optimismo de

la voluntad” no podía dejar de darse de bruces con el “pesimismo de la razón”, pero para quien como Paco es más fuerte el flanco del optimismo, lo que queda es poner la razón al servicio del optimismo, es decir, elaborar la teoría, pero sin dejar de atender también a la praxis.

Dicho de otro modo: si no las hay, habrá razones para el optimismo. Mientras tanto, toda energía es poca para dar a conocer la verdad. Porque decir la verdad –o desvelarla– es revolucionario.

Con todo, si podemos extraer de Francisco Fernández Buey una lección moral sería la de su honestidad, poniendo la razón y la voluntad a trabajar juntas para la construcción de un mundo en el que se hable de este otro “*mundo grande y terrible*” nada más que como un recuerdo del pasado. Porque si algo distingue a Francisco Fernández Buey de otros pensadores dentro de la filosofía de la praxis es su apertura al futuro desde la apelación al “sentido común ilustrado” de la humanidad.

En este punto es de destacar uno de los aspectos que más interesaban a Francisco Fernández Buey, y es el de la preocupación por la lengua, el lenguaje y la política. Tal preocupación le llevó a poner de relieve la necesidad de crear un lenguaje teórico y político nuevo y de tener en cuenta no solo lo que se dice sino *cómo* se dice, la *forma* en que se dijo. Este “giro pragmático” era, al decir de Fernández Buey, una tarea de máxima importancia:

La búsqueda de un lenguaje adecuado en el que poder dialogar entre generaciones, y en el marco de una tradición emancipatoria común, es tal vez la principal tarea *prepolítica* de la izquierda digna de ese nombre en el arranque del nuevo siglo. La batalla por dar sentido a las palabras de la propia tradición,

la batalla por nombrar, por dar nombre a las cosas, es probablemente el primer acto autónomo de la batalla de las ideas en este fin de siglo.

Dicha preocupación por el lenguaje viene ligada a la otra gran preocupación de Francisco Fernández Buey, a saber: cómo convertir el sentido común sin más en sentido común ilustrado. Y, para conseguirlo, “para poder renovar la tradición marxista y socialista en los nuevos tiempos, hace falta un esfuerzo considerable en lo tocante a la comunicación y comprensión recíproca de experiencias y vivencias entre generaciones, un esfuerzo lingüístico innovador similar al que hizo el propio Gramsci primero en los años de *L’Ordine Nuovo* y luego en los años de la cárcel”.

Francisco Fernández Buey, como Gramsci, daba vueltas irónicamente a una expresión de un poema de Goethe, aquella de que habría que escribir algo “*Für ewig*”, para siempre, que cabe interpretarse como la auto-exigencia intelectual de un Gramsci que se ve pequeño al lado de un gigante como Goethe. Gramsci no ha tardado ni medio siglo en convertirse en uno de los grandes del pensamiento. Los escritos de Francisco Fernández Buey, al igual que ocurriera con los de Manuel Sacristán, están ya siguiendo el mismo proceso de transformación. No hay más que ver el impacto emocional e intelectual que ha provocado su muerte para darse cuenta de ello.

Muchos seremos los que nos ocupemos de que los escritos de Francisco Fernández Buey, desde *La ilusión del método* hasta *Utopías e ilusiones naturales*, pasando por *Marx (sin ismos)* o *Leyendo a Gramsci* se conviertan en clásicos de la historia de las ideas.

A este respecto merece la pena recordar lo que el propio Francisco Fernández Buey, en sintonía con su querido Valentino Gerratana, decía sobre los clásicos:

Siempre ha habido clásicos *inactuales* y situaciones en las que tal o cual pensador adquiere la categoría de clásico que tiempo atrás no tenía. Montaigne, por ejemplo, no solía estar entre los clásicos casi obligatorios hace unas décadas; hoy lo está. Karl Kraus, el autor de *Los últimos días de la humanidad*, pronto será un clásico obligatorio si la idea de que hay “guerras humanitarias” cuaja en este cambio de siglo y de milenio, como parece estar cuajando.

A día de hoy, aún con la tristeza de su adiós definitivo, recuerdo perfectamente cada uno de los encuentros que mantuve con Francisco Fernández Buey. La primera vez que lo vi fue cuando irrumpí en mitad de un Congreso sobre la utopía para darle en mano mi plan de trabajo sobre Gramsci. Paco se sorprendió de verme allí inesperadamente, pero me recibió, dejando todo en paréntesis durante unos minutos. Le pregunté por cómo había que pronunciar correctamente a Gramsci, pues lo había escuchado de diversas maneras. Me dijo que el filólogo político

sardo se pronunciaba con *ché*, como el *Ché* Guevara.

Más tarde, y después de años trabajando juntos y escribiéndonos ininidad de correos en los que no dejaba de alentarme para llegar hasta el final, le vi en Barcelona, su ciudad de adopción, invitado en el Congreso que organizó la UPF sobre Gramsci. Se preocupó muy mucho de que entre los ponentes y organizadores, y aun siendo un Congreso Internacional, hubiera una estimable presencia de jóvenes gramscianos, como Miguel Candiotti, Giame Pala, Antonino Firenze, Jordi Mir o Carlos Urban.

La última vez que lo vi fue en Madrid. Quiso estar presente en la defensa de mi tesis ante el tribunal. Después de cenar, nos despedimos con un caluroso abrazo y le vi marchar hacia la Plaza de Santa Ana. Se alejó por la calle tarareando una canción.